

El vals de la oca



Marie José Basurco

EL VALS DE LA OCA



TÍTULO ORIGINAL
La valse de l'oie
Gatzuzain, Larresoro, 2009
TRADUCCIÓN
Elena Bárcena

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Septiembre de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Marie Jose Basurco
© DE LA TRADUCCIÓN: Elena Bárcena

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAJARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1 bis, pab. A1
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN
978-84-8136-592-4

DEPÓSITO LEGAL
BI. 2.479-10

txalaparta 

Nuestras derrotas de hoy no prueban nada,
sino que somos demasiado poco para luchar contra la infamia,
y de los que nos miran como espectadores,
esperamos que, al menos,
sientan vergüenza.

BERTOLT BRECHT

A Gilles Perrault

—¿QUÉ TAL ESTÁS? ¿ESTÁS BIEN? —preguntaba, con fuerte acento español.

Si la sonrisa que encontraba enfrente era condescendiente, o peor aún despreciativa, erguía su alta figura e, imperturbable, seguía hablando como si nada.

Treinta años después de la derrota, no había podido, o querido perder su acento; seguiría siendo durante toda su vida un español con mal de patria.

Trabajaba en la aeronáutica, con las manos manchadas de aceite y la mirada fija en el taladro. No había cambiado un ápice. Estaba afiliado a la UGT y lo seguiría estando hasta su muerte, incluso si a su alrededor la sociedad cambiaba. Solamente festejaba tres conmemoraciones: el cumpleaños de Abel, que siempre tendría veinticuatro años, el de la Instauración de la República y el del Día de los Trabajadores.

El Primero de Mayo, nunca lo celebraba en familia. Iba solo a la comida con los camaradas, pese a que por la mañana desfilaba con sus cinco hijos, su mujer y sus padres por las calles de la ciudad, detrás de la bandera roja.

Ángel, su hermano mayor, se quedaba atendiendo su puesto en el mercado, debajo de un rótulo visible desde lejos: «Frutas y Legumbres Serrano». Se quedaba viéndolos pasar. Y cuando él, Antonio, llegaba a su altura con el puño en alto, lo miraba directamente a los ojos, que en esos momentos tenía de color negro carbón.

—¡Qué chulo!¹—renegaba Antonio.

Marisol le tiraba del brazo, y año tras año repetía la misma frase:

—¡Cállate! ¡Cállate ya! —y proseguía—. Menos mal que Ángel está ahí, si no hubiéramos tenido que vivir en la calle.

Él hacía rechinar sus mandíbulas de la misma manera año tras año, conteniéndose para no responder.

Para festejar la instauración de la República, así lloviera, hiciese viento o el sol quemara con más fuerza que el aceite de oliva, hacían una comida campestre en la isla del Garona. Ángel iba con su mujer, sus hijos y los padres, que vivían con él al abrigo de todas las intemperies. Algo que no siempre había ocurrido. En la isla se juntaban con sus amigos. Las banderas republicanas plantadas sobre el césped ondeaban por encima de los puestos, en algunos de los cuales podía colgar, en plan de burla, una figurilla de Franco hecha con pasta de cartón.

Las canciones de lucha resonaban en el aire hasta bien entrada la noche.

La Mina, El cruce del Ebro y La Internacional se repetían con frecuencia, pero el repertorio era amplio.

Era algo magnífico. En más de un momento llegaban a sentirse en su casa, allá en Calatayud. Bastaba con cerrar los ojos y cantar.

Nadie se marchaba hasta altas horas de la noche.

Antonio siempre le decía a Ángel:

—Cuida bien de los viejos.

Y Ángel, siempre fiel a sí mismo, cogiéndolo por el hombro:

—Puedes contar conmigo.

Y el mismo diálogo se repetía año tras año. Esas noches, Ángel no era *el chulo*.

En la familia de Antonio, los hijos habían crecido en su lengua materna, porque Marisol, su madre, nunca aprendió el francés. «No merece la pena», pensaba. Cosía a domicilio. Los gestos eran más importantes que las palabras. No había necesidad de hablar para tomar las medidas.

1.- En español en el original (N.T.).

El primogénito, un varón, se llamaba Abel como su tío, el joven muerto; la segunda Dolores, como la Pasionaria; el tercero, Buenaventura como Buenaventura Durruti; el cuarto Luis como Lluís Companys, el presidente de la Generalitat catalana; y la última Rosa, como Rosa Luxemburgo. El mayor y los dos últimos se libraron de una buena y hasta tuvieron más bien suerte, porque a Buenaventura ni siquiera le encontraron un diminutivo más bonito, por lo que no se sabe muy bien por qué, lo llamaban *Xefe* o *Jefe*. Lo que después de todo era bastante justo, pues siempre se las arreglaba para darles órdenes a la chita callando. Dolores tenía una mirada dulce y triste, que no tenía nada que ver con la de la otra Dolores, «La Voz que enardecía a las multitudes».

La Navidad era una fiesta que Antonio había suprimido del calendario, al igual que todas las demás fiestas religiosas. No obstante, en torno a la Natividad, en esas noches de invierno en los que el Garona desaparecía bajo la bruma helada, Antonio invitaba a su mesa a uno o dos vagabundos a los que el frío obligaba a guarecerse contra las paredes de los inmuebles.

Un año llevó a casa a un alemán. Flaco. Tan flaco que bailaba en su pantalón sujetado con una gruesa cuerda que medía cinco veces el perímetro de su cintura. Hans se dio un atracón. Bebió, eructó, y se aflojó el cinturón tres veces, a medida que iba engullendo los platos, ante la mirada atónita de los niños. Hasta se tiró un pedo, por el que se excusó de inmediato. Todos se echaron a reír. Como hacía mucho frío, Marisol abrió una butaca que se usaba como cama adicional, no sin antes suplicar a Antonio que le pidiera a Hans que se aseara en la bañera de asiento del pequeño cuarto de baño, que no era otra cosa que el trastero de la cocina. Hans no se negó. Por la mañana, había desaparecido. En el felpudo de la puerta de entrada había depositado un pequeño ramo de flores. (Flores en invierno, sabría Dios dónde las había encontrado. En ese enorme barrio de fábricas y viviendas obreras no había cementerio). Era un pequeño ramo envuelto en una hoja blanca de papel, en la que había escrito con letra fina y espigada: «*Gracias. Viva la República*»². Antonio salía para ir al trabajo, y

2.- En español en el original (N.T.).

volvió con el ramo, la hoja de papel y los ojos húmedos. Despertó a los niños y a Marisol, les enseñó el ramo, leyó la nota, y con las dos manos extendidas sobre la mesa del comedor, dijo:

—Este sí es un hombre.

El ramo de flores se secó. Marisol lo puso en un vaso junto a la nota y añadió la fecha: 26 de diciembre de 1959.

La familia era así, con unos valores esenciales mejor anclados que todas las bitas de amarre de las márgenes del Garona en Toulouse.

El día del aniversario de Abel era diferente. La familia al completo, vestida con sus mejores galas, cogía el tren nocturno hasta Argelès-sur-Mer, y ya de madrugada el primer autobús para Le Boulou, donde Abel había muerto el 12 de abril de 1939. Pero no era esta la fecha que se festejaba. No, no era esta, sino la de su nacimiento en Valtorres, el 10 de marzo de 1915.

Muchas veces congelados, permanecían apretujados ante la fosa común a la que Abel había sido arrojado, pues «enterrado» era una palabra que nadie quería pronunciar.

Frente al muro blanco, en el que los nombres pintados en negro estaban ya medio borrados, Ángel hablaba en nombre de todos y siempre, año tras año, hacía llorar a toda la familia. Y eso a pesar de que utilizaba palabras sencillas, que nunca preparaba, como: «Aquí estamos Abel, junto a ti, mi hermanito tan valiente y voluntarioso. Tú nos abriste los caminos de la libertad. Llegará el momento en que podamos llevarte de nuevo a Calatayud y algún día estaremos todos juntos bajo la tierra que nos vio nacer».

Los sollozos, pese a que eran sofocados, se escuchaban como la queja del viento en las ramas de los árboles.

La anciana madre, sostenida por sus dos hijos, depositaba una corona de flores malvas, rojas y amarillas sobre la fosa común. El padre, seco como un tronco retorcido blanqueado por la sal del mar, se colocaba frente al muro y con el puño en alto gritaba con voz potente: «¡Te saludamos, Abel! ¡Saludos, camaradas!».

Rosa lloraba a lágrima viva, mientras estrechaba la cálida mano de su abuelo.

El recuerdo que con más frecuencia le viene a la memoria es el de esa cálida mano grande cuya imagen conserva, estrechando

la suya, y también el de su vocecita repitiendo: «¡Te saludamos, Abel! ¡Saludos, camaradas!».

Todavía hoy, cuando el abuelo ya no está, todos los años permanece erguida frente al muro blanco en Boulou, y con el puño en alto repite las palabras de otras veces. Ahora no estrecha la mano de nadie.

Rosa vivió toda su infancia rodeada de amor, de pasión y en una plenitud que solo turbó la muerte del abuelo. Asimilaron tan bien ese dolor, que se hablaba de él como si siguiera estando a su lado. Los únicos que se devanaron los sesos fueron Antonio y Ángel, para saber dónde debían enterrar a su padre, si en Toulouse o allá en Valtorres, su pueblo natal. Por lo pronto decidieron que mientras la madre estuviese viva, permanecería en Toulouse. Era mejor así. Una vez por semana, la abuela iba a recogerse junto a su tumba. No quería que nadie la acompañase, ni siquiera Rosa. Sí, era mejor así. Para Rosa seguía estando allí, tan cerca, que todas las noches, antes de dormirse, le contaba lo que había hecho durante el día. El sueño la vencía finalmente, cuando la mano grande y cálida del abuelo la envolvía por completo.

La vivienda obrera en la que nació no tenía más que un solo piso, al que se accedía por una escalera de cemento, que también daba acceso a la vivienda de enfrente. Todo allí era pequeño y grande al mismo tiempo. Marisol, con unas ideas geniales, la había transformado en una vivienda espaciosa. Solo había una habitación para los padres y un recoveco en el comedor, con una cama grande para Dolores y Rosa, y disimulada detrás de una colgadura floreada, una indiana de tonalidades rojiza y púrpura, por la que corrían unos filamentos dorados. Cuando Antonio doblaba su periódico y, con meticoloso cuidado, guardaba sus gafas, ambas veían como en medio de una luz débil, su sombra se iba agrandando detrás de la indiana. Y justo un instante después se deslizaba detrás de la colgadura para acariciarlas con un beso en la frente. El pasillo servía de habitación a los tres muchachos, por detrás de una pesada colgadura de terciopelo carmesí. Antonio, no se sabe por qué milagro, supo instalar, en ese exiguo espacio

sin ventanas, tres camas, un largo escritorio y una biblioteca, un mapa de España en el que un anillo rojo de metal rodeaba la ciudad de Calatayud, y tenía plantados unos alfileres de cabeza roja en cada pueblo de sus alrededores: Valtorres, Villalba de Perejil, Malvenda, Carenas. Eran los pueblos de los abuelos y bisabuelos. Todos herreros y campesinos, a decir de Antonio. Cada persona tiene su historia, su pueblo, su vida, sus amigos, eso es algo que no se debe olvidar. Cada persona tiene su vida antes de morir. Y los hijos de los nietos tienen que saber de dónde vienen, de qué sangre se alimenta su corazón.

Al lado del mapa colgaba una bellísima bandera republicana, con toda la longitud del asta esculpida. Y ninguno de los hijos supo nunca por qué estaba ahí y no en una de las paredes del comedor. Tal vez porque Marisol recibía a domicilio a su clientela y nadie tenía que saber que eran republicanos. Casi todas las clientes de Marisol eran como ella, esposas de obreros. Ahora, sin embargo, había también algunas comerciantes y dos o tres burguesas, que venían de los barrios elegantes. Había que saber guardarse, como ocurría algunas tardes de verano en la que todos sacaban su silla a los patios o aceras y los muchachos jugaban al balón en las calles bajo la mirada atenta de las chicas, algunos viejos jugaban a cartas, otros a los bolos y otros más no hacían nada, simplemente observaban. Nadie gruñía. Nadie se acordaba de la hora. Al contrario, las agujas tricotaban solas los jerséis para el invierno, las cartas se escurrían de los dedos en las barricas que servían de mesa, los balones entraban en un patio para salir por otro. Había estallidos de risa que llegaban hasta los tejados y canciones que se elevaban hasta el cielo veraniego, tan pálido antes del anochecer, con ese gris perla del cielo que asoma cuando el sol ha desaparecido ya en el horizonte.

Las canciones abrían el corazón de Rosa, y el Garona la conducía tan lejos que, una vez que llegaba al Atlántico, veía del otro lado del mar como la estatua de la Libertad le hacía un guiño. La veía alumbrándose para ella sola. Y sin que nadie la viera, ella la saludaba cerrando el puño en el bolsillo de su delantal.

No había nada más bonito en la tierra que su barrio, en el que crecía rodeada del amor de sus padres. Las tardes de verano, Antonio, su padre, vestía una camisa blanca con finas rayas negras. Olía bien, a jabón. Y allí, sentado en el patio con los demás, era atractivo. No había nadie más atractivo que su padre. Ni siquiera el más atractivo actor de cine. Por lo demás, nunca iban al cine; era demasiado caro. Se conformaban con ver los carteles. En esos carteles de cine, nadie le llegaba al tobillo a su padre

Y la vida fue pasando más rápido que un meteorito. Como la mayor injusticia de esta tierra, tuvo que llegar el momento de cumplir catorce años y el de tener la primera menstruación.

Abel entró en la aeronáutica, como su padre, con un diploma de ajustador-fresador. Dolores trabajaba de interna en el hospital Purpan, de donde volvía, algunas noches, con ojeras negras debajo de sus ojos tristes y tiernos. Xefe-Buenaventura terminaba su bachillerato. Era dotado, inteligente. No sabía qué hacer con su inteligencia. Quería hacerlo todo, pero nada le interesaba realmente. Luis, con dieciséis años, soñaba con una motocicleta, para ir a ligar con ella a orillas del Garona. Y Rosa no paraba de diseñar casas, con unos planos precisos, perfectamente concebidos.

—Serás arquitecta, hija mía —decía Antonio—. Reconstruirás el mundo, harás casas para todas las criaturas que no tienen un céntimo para comprar el pan de cada día.

Ella sonreía a su padre. Y él la besaba en la frente.

—Mi *cabrita*³ —decía, sin saber que ese apelativo lo utilizaría a su vez Buenaventura un día, y que ese día Rosa, con el corazón comprimido como una esponja, se echaría a llorar inclinada sobre la mano de su hermano, del otro lado de un cristal.

Abel no se casó. Dolores, sí, con un joven médico de Purpan, François Labarthe.

—François, francés —dijo Antonio riéndose.

Se rió menos cuando hubo que invitar a la pequeña vivienda a los padres de François, para los esponsales, y tirar la casa por la ventana. La futura suegra, una gazmoña de la muy pequeña burguesía, miraba a su alrededor como si una multitud de cucara-

3.- En español en el original (N.T.).

chas fuera a correr por los muros y a colgarse de su triple collar de falsas perlas.

El acento de Antonio se hacía más hispánico cuando le entraba pánico, sobre todo cuando ella se dirigía a él para decirle: «¡Hable más alto, no entiendo nada de lo que dice!».

Y él, pese a su traje elegante y a su corbata roja de seda, con horrible acento y mezclando ambos idiomas: «*Ché fou diché don-qué...?*»⁴.

Marisol se afanaba alrededor de la mesa, mientras Dolores, pese a la felicidad que irradiaba su mirada, se eclipsaba en su silla. No obstante, se casó. Su vestido blanco, salido de los dedos de hada de Marisol, puso un contrapunto a las ostensibles pretensiones de su suegra, que creía ser el centro de todas las miradas con su falso traje sastre Chanel.

Rosa encontraba a su madre extraordinariamente elegante con su traje sastre negro y sus zapatos blancos de cuero y tacones altos. Unas imágenes que los ojos imprimen mejor que una foto. Su madre tenía clase. La mujer de un obrero con clase, era algo tan bonito que daban ganas de correr hacia ella para gritarle: «¡Te quiero, mamá!».

Dolores estaba radiante, y embarazada.

Buenaventura acababa de obtener su licenciatura en Derecho, y quería ser periodista. Luis sonreía a todas las muchachas de la boda, dejando al descubierto su blanca dentadura.

Sí, la boda de Dolores fue un día hermoso. Apenas un mes más tarde, detuvieron a Buenaventura en Madrid.

Antonio se quedó lívido. Se sentó en el sillón que había cerca de la ventana del comedor, y cuando se levantó estaba doblado por la cintura, encorvado, y tenía la frente surcada de arrugas. —¿Qué coño estaba haciendo allí?

Marisol lloraba en silencio, agarrada de la mano de Rosa. Era justo el día de su cumpleaños. ¡Veinte años!

La vida pasa demasiado deprisa.

4.- «¿Qué dice esta loca...?» (N.T.).

Antonio envejeció de golpe. Marisol ya no dejaba estallar su risa sobre los cobres de las cacerolas de la cocina.

Nadie entendía nada.

Buenaventura había mentido a sus padres. ¿Y desde cuándo les mentía?

¿Qué hacía con los vascos? ¿Y por qué con ellos? Nadie sabía nada al respecto. Ni siquiera Abel, el serio de Abel, demasiado apuesto para ser amado. Tan impenetrable, que incluso si Antonio le hubiera arrancado una a una las uñas de las manos, no hubiera hablado. Abel seguía yendo a la fábrica como si este tornado no se hubiera abatido sobre la familia.

Tal vez tuviera razón. La vida sigue, a pesar de todo.

Antonio escribió a Buenaventura más cartas que arrugas tenía.

Dolores, pese a que su bebé acababa de nacer, decidió que iría a Madrid a ver a su hermano.

Antonio meneó la cabeza, sin decir esta boca es mía.

En realidad, hacía meses que no decía nada. Rosa lo decidió abruptamente: «Voy contigo. Quiero verlo».

En cuanto terminaron de hacer los papeles se fueron a verlo. Era una mañana soleada. El trayecto de Toulouse a Madrid es más complicado de lo que se cree, pero al final del camino estaba Buenaventura.

—¿Os envía él? —preguntó.

Dolores negó con la cabeza.

—No, ha sido idea mía, quería verte. Rosa también. Y aquí nos tienes.

Dio las gracias con un ademán.

—No voy a juzgarte —dijo Dolores—, pero no te entiendo.

Apretó los dientes, y luego soltó de golpe:

—¿No entiendes? Pues es bien simple. No es sentados en una silla, arreglando el mundo, como podremos desembarazarnos de todos los cerdos culpables de la vida que llevamos, lejos de nuestra tierra.

—¿Sí, pero por qué España, si nosotros hemos nacido en Toulouse?

—¿Por qué España? El problema no es España, es lo que está ocurriendo allí. Yo lucho con los que no se han bajado los panta-

lones ante la dictadura. Quiero ver algún día la bandera republicana en Madrid y la vasca en Guernica. Díselo a padre. Y dile también que deje de escribirme. Me tiene sin cuidado lo que piensa ahora. Y que deje de enviarme sus giros a espaldas de todos. Tanto si está de acuerdo conmigo como si no lo está. ¡Qué se guarde su dinero! ¿Está claro?

—Sí —murmuró Dolores—, ya se lo voy a decir. ¿Tampoco vas a aceptar mi dinero?

—¡No! No merece la pena, tengo todo lo que necesito. Mi cabeza es libre. ¿Y tú qué cuentas, *cabrita*? ¿Ya sacas provecho de la vida? ¿Ya te diviertes? No te quedes, como siempre, con los ojos mirando al cielo. El paraíso no existe. No llores, *cabrita*, yo no soy malo, solo quiero que seas feliz.

Rosa apoyó una mano sobre el cristal con agujeros, y con la otra se enjuagó las lágrimas que se deslizaban y caían por debajo de su mentón.

Buenaventura colocó su mano del otro lado del cristal y le sonrió.

—No voy a deciros que os quiero. Dejaría de ser *Xefe* si lo hago. Pero gracias por haber venido, eso sí os lo puedo decir.

Después de su regreso a Toulouse, Antonio se hundió aún más en su sillón y Rosa se convirtió en monitora-institutriz.

Comenzó a trabajar en el Cercado Florido, al que todo el mundo llamaba *el Recinto*.

Descubrió un mundo que no creía que pudiera existir. Niños deformes con la mirada perdida. Pequeños monstruos, afectuosos y violentos a la vez, sin sesos o sin cerebro. Pequeños monstruos que lavaba, vestía, alimentaba y sacaba al campo cuando hacía buen tiempo. Era tan duro que muchas veces se derrumbaba en la parada de autobús. En esas ocasiones cogía el autobús siguiente, para dar tiempo a que su tristeza se evaporara.

Cuando volvía a casa, Marisol le preguntaba con mirada inquieta:

—¿Qué tal estás?

—Estoy bien.

Eso era todo. El dolor se hacía cada vez más intenso. Iba creciendo entre Buenaventura y los pequeños monstruos. Pronto cumpliría veinte años, pero ni siquiera soñaba con ser una mujer en los brazos de un hombre, pese a saberse deseada y deseable.

Le gustaba coquetear un poco, encender el deseo en las miradas de los hombres. Adrián, un amigo de Abel, revoloteaba a su alrededor, como una mosca alrededor del culo de una vaca.

Lo tenía todo para satisfacer a Adrián, que era de Valencia. En fin, no él, sino sus padres, porque él nació en Toulouse. Trabajaba en la aeronáutica, donde ocupaba un puesto muy superior al de Abel.

Era encargado, más exactamente el segundo del encargado, un subjefe. Marisol lo invitaba a cenar cada vez más a menudo, y Antonio le servía grandes dosis de manzanilla, con hielo picado por Marisol.

Bebía dirigiendo sus miradas a Rosa, que simulaba ignorarlas.
—Le gustas —sonreía Marisol.

Ella se encogía de hombros, hasta que un día, sin saber muy bien por qué, se empinó buscando su boca. Y del beso pasó a su lecho, una noche que los padres de Adrián se habían ausentado de su domicilio.

Ligera como una mariposa azul (¿azul?, ¿por qué no amarilla, una bella mariposa amarilla?), regresó a casa cogida de la mano de Adrián. El ruido de sus pasos acompañaba la noche como una marcha alegre de Offenbach. ¿Así que no era más que eso, convertirse en mujer? Tan simple, a fin de cuentas, sin ese desgarrar que tanto había temido.

Se volvieron a ver todos los días siguientes. Adrián siempre tenía algún amigo que le prestaba su cuarto en el momento requerido. Era estupendo. Ella no se hacía preguntas. Llegó incluso a hablarle de sí misma, de sus sueños. ¿Cuáles eran sus sueños? Unos sueños normales. Una casa, hijos, un jardín, dos gatos. Un hombre que la amara hasta la muerte y sin ideales, sin los sueños de Buenaventura. Tampoco unos sueños demasiado mediocres. Una vida tranquila. Adrián estaba de acuerdo. Formaban una bonita pareja. Tendrían unos hijos muy guapos y una casa bonita, de esas que se construían últimamente.

No se atrevía a hablar de eso a Buenaventura cuando lo iba a ver, por miedo a defraudarlo. Tenía sobre todo miedo a confesarle que Adrián no estaba en absoluto de acuerdo con su compromiso. Franco sí o Franco no, eso a Adrián no le importaba en absoluto, como tampoco los muertos republicanos de su familia. Nunca iba a los cementerios de los campos de concentración, y lo que todavía era peor, le traían absolutamente sin cuidado sus dos tíos masacrados por la Milicia en Toulouse. Ni siquiera quería que se hablara de ello, no quería saber nada del pasado. Adrián quería ser feliz. Hacía bien el amor, y le mordisqueaba los hombros cuando su esperanza surgía como una salva victoriosa. La desgracia no se había inventado para él. Recorría Toulouse para encontrarse con ella. Día tras día, se restregaban como dos animalitos. Adrián amaba la vida, los amigos, su trabajo, las salidas a los bares y también a ella, a Rosa. Había días que no encontraban ningún cuarto libre, y entonces iban a lo más recóndito de los jardines públicos, con el miedo en las tripas a ser sorprendidos por una patrulla policial.

Esa noche, era ella la que tenía la llave de una habitación y le llamó por teléfono al taller. Él no podía hablarle mucho, así que solamente dijo:

—Nos vemos por la tarde.

Por la tarde llovía, y hasta hacía frío. «¿Vas a volver a salir?», preguntó Marisol. No se compadeció al ver la desilusionada mirada de su madre, ni menos aún de su padre, que simulaba estar muy interesado por lo que escuchaba en la radio.

Su única preocupación era verse en los brazos de Adrián, para recalentarse en ellos.

Adrián no apareció a la cita a la hora acordada. Lo esperó de pie contra la pared, junto a la puerta, que él abrió violentamente. Sus ropas olían a fritada. «Ven, tengo frío», ronroneó Rosa. Se desplomaron en la cama sin desvestirse. Él comenzó a acariciarla, y ella a abrirse como una flor de magnolia, pese a los cabellos de Adrián, que olían a flequillo empapado y a grasa. Se desnudó justo lo imprescindible, hasta la altura de las nalgas, y se introdujo en ella como tan bien sabía hacer, con sutileza. Ella lo siguió en su vaivén, comiéndoselo con la mirada, tendiéndole sus labios ardientes.

Adrián detuvo en seco las progresiones de su misil, se incorporó y dijo quejumbroso:

—¡No, no puedo! No tengo tiempo, le he prometido a Kike que iríamos a comer una *chuleta* a casa de Ramón.

Medio anonadada por la *chuleta*, Rosa se enderezó acomodándose la ropa, y con una mirada sombría, muy sombría, expresó con una voz que echaba chispas:

—No me vas a volver a ver tan pronto, Adrián.

—No me digas eso... yo... yo...

Pero ella estaba ya en la puerta, que cerró con llave. Bajó las escaleras sin terminar de acordonarse los zapatos. Apenas había cruzado el umbral del inmueble y ya estaba en la parada del autobús. Nunca más quiso verlo. Abel actuó como emisario durante un mes, pero en vano. Al final le contó todo, y este se rió tanto, que también ella acabó riéndose. «¿Te imaginas, cambiarme por una *chuleta*?».

Les saltaron las lágrimas de tanto reírse.

—¿Y tú qué tal andas de amores, Abel?

—Lo mío es complicado. Su familia no quiere que se case con un sindicalista español, que además es un simple obrero.

El verano lo pasó con Abel, yendo juntos a las discotecas de la zona. Les dio el otoño entre gin-tonic y gin-tonic. Adrián le escribió tres cartas, a cada cual más insípida. *Por supuesto que no te preferí a una chuleta, pero esa tarde Kike necesitaba que estuviera a su lado. Le había prometido que iría a cenar con él. Tenía la moral por el suelo, pues Nicole acababa de dejarlo... Tú eres algo más que una chuleta, créeme. Lo único que me queda es roer el hueso de la chuleta en mi rincón, completamente solo...* «No tan solo —pensó Rosa—, tienes a Kike, que también está solo, igual que tú. Lo único que tenéis que hacer es consolaros el uno al otro frente a una *chuleta*».

Cumplía con más ardor su trabajo en *el Recinto*. Acunaba en sus brazos a los monstruitos más monstruosos, cantando en castellano todo el repertorio que había aprendido de sus padres. El psiquiatra le dirigía miradas cariñosas. Tenía cuarenta años y una

apariencia de intelectual izquierdista. ¿Y por qué no intentar una aventura con un intelectual de izquierdas de físico corriente? ¿Por qué no? Tal vez hiciera el amor mejor que Adrián. ¡Pues mira que no! No lo hacía mejor. Tenía un pajarito diminuto y algo flácido. Necesitaba hablar mucho durante el acto (no el pajarito, su propietario), antes de que le vinieran unos sobresaltos, y muriera de un espasmo en la vagina de Rosa, que lo único que esperaba era que el limaco baboso se retirara. Utilizaba unas palabras que Adrián nunca pronunciaba: «¡Tú eres Eva, la Eva de mi renacer primaveral, la Eva del Alba de la Concha entreabierto de la primera mañana del Mundo, la Eva eternamente Mujer!».

Vestía calzoncillos a la moda y camisetas de marca. Lo invitaba a restaurantes en boga en los que, nada más entrar, la presentaba a sus amigos con los ojos radiantes:

—Esta es mi española —decía con una sonrisa de satisfacción.

—¿Por qué no mi escalope? —pensaba Rosa. Después de la *chuleta*, escalope venía a estar en el mismo rango.

Después de tres meses de aburrimiento, se hartó. Esa noche fue todavía más aburrida que las otras, y después de tres gin-fizz y de: «Eh, Fulano, que contento estoy de verte. ¿Qué tal estás? Yo, en plena forma. Mira, te presento a mi española».

Rosa se puso frente a él, sin saludar a Fulano.

—Ya basta. Me llamo Rosa. R.O.S.A. Rosae. Rosarum. ¿Te sueña? Te estoy hablando en latín. Eres un imbécil integral. Serás psiquiatra, pero eres un imbécil. Y haces mal el amor. ¡Y ahora buenas noches, señor psiquiatrilla!

Cogió un taxi, subió la escalera de cemento y se apelotonó en la vieja cama que estaba detrás de la bella colgadura de india.

—¿Qué pasa, *cabrita*? —le preguntó Marisol, acariciándole la frente.

—Nada.

Antonio llegó en ese instante, vistiendo con elegancia su pijama, bajo su chaqueta de lana de color violeta oscuro, tricotada a mano.

—Nos tienes a nosotros, *cabrita*. No llores.

La voz dulce de Antonio la hizo llorar todavía más. Se sacudió la cabeza en la almohada. Echaba de menos a Dolores, a Abel, a Buenaventura, a Luis.

—Volved a la cama. Voy a dormir —consiguió decir con la nariz tupida.

Por la mañana temprano, emergió de un dormir sin sueños. La lluvia piqueaba en la ventana del comedor.

Tomó su decisión mientras se cepillaba los dientes. Nada más entrar en *el Recinto*, supo que ese sería el último domingo que sonreiría a los monstruitos de mirada perdida, cuyos gritos percibía detrás de las puertas cerradas con candado. Escribió su carta de dimisión en el recreo de las once. Una carta breve, tan breve que más bien parecía una fuga.

No había nada que explicar. No explicaba nada. Si permanecía allí, las palabras que le había soltado a la cara a su ex amante le iban a costar caro en humillaciones. Sabía mejor que él, hasta donde sería capaz de llegar para humillarla, y se negaba a sufrirlo.

Con un movimiento de su dedo índice borró su nombre del tablero situado encima del controlador de entradas.

Martes, miércoles, jueves, viernes. El vacío. Rosa se esfumó. Se esfumó la vida de Rosa en el Recinto, como se esfumaron las miradas perdidas de los niños acabados de acostar en sus catres.

Y como se esfumó ese mundo irreal en el que sumergiría al Papa, a sus bulas pontificales y a sus acólitos, ubicándolos de por vida en el Recinto.

Echó la carta en el buzón del director y salió a escape de allí.

—Hasta el martes, Rosa.

—Hasta el martes.

Siguió la comedia hasta llegar al inmenso vestíbulo. Los monstruitos de mirada perdida acabarían olvidándola. Al día siguiente, sin duda. Pero ella, ella no los olvidaría nunca.

Marisol y Antonio, sentados alrededor de la nueva mesa de formica amarilla, la estaban esperando, como siempre que volvía tarde del trabajo.

—¿Todo bien, *cabrita*? —preguntó con voz temblorosa su madre, inclinada más que de costumbre sobre su tazón de tisana.

—Todo bien —respondió con su bella sonrisa.

Le habían guardado su ración del postre del domingo: un bizcocho emborrachado con ron, que ella se esforzó en tragar, únicamente por agradecerlos.

Antonio, con la frente surcada de grandes y profundas arrugas, deshizo el silencio con un seco: «Ha estado Abel. Esta semana van a juzgar a Buenaventura y quería que tú lo supieras. Ahora ya lo sabes».

—Ya lo sabía.

Antonio había pronunciado Buenaventura como antaño: Buen Aventura. ¿Cuánto tiempo hacía que no había dicho Buenaventura?

La cara de Marisol, sobre el tazón, parecía tocar su contorno.

Rosa trataba de contar los meses. ¿Un año? ¿Pronto dos años? El tiempo pasaba aprisa. Había perdido la cuenta. Apoyó su mano en la de su madre, que seguía sin alzar el rostro. En la mesa de formica amarilla de la cocina, sentía la desesperación de ir a arrojarse al Garona.

—Voy a acostarme —susurró Antonio.

Rosa se levantó rápidamente para besar a su padre.

—¡Que duermas bien, papá!

—Y tú también —pronunció con voz sorda.

El lunes de vagabundeo le pesó en los hombros como una capa de bruma húmeda. ¿Qué hacer un lunes cuando se sabe que el martes tampoco habrá nada que hacer?

Lo único que deseaba era sentirse de nuevo en los brazos de Adrián. Sentía deseos de estar con Adrián. Unos deseos ardientes, vergonzosos. Solo con imaginarlo en ella, mil picazones comenzaban a estremecer su bajo vientre, para remontar hasta la punta de sus senos.

Sentía ese deseo. Era lo único que sentía. Hasta olvidar el Recinto y el juicio a Buenaventura.

Corrió hasta la cabina telefónica del extremo de la calle.

Llamar a Adrián. No llamar a Adrián. Esconder su amor propio bajo su impermeable y marcar rápidamente el divino número de teléfono, con el corazón bailando una danza en su pecho.

—Adrián, soy yo, Rosa —su bella voz se propagó por la línea—. Quería saber si tú, si nosotros, si puedo verte esta noche, si no tienes otra cosa que hacer.

¡Humilde hasta la necesidad!

Adrián jugaba con el silencio.

—¿Me oyes?

—Sí, te oigo Rosa; pero ya ves, llamas en un mal momento, estoy muy ocupado. En fin, en realidad muy bien ocupado; no sé si entiendes lo que te quiero decir.

Su corazón galopante se detuvo. Colgó con tal premura que el auricular quedó colgando por el extremo del cable plateado y le golpeaba las rodillas.

—«¡Qué jactancioso! ¡Qué jactancioso!» —esa era la palabra que venía a sus labios. La única a la que siguió aferrada.

Llovía a mares. Una borrasca gélida le golpeaba el rostro. Toda esa agua le venía muy bien para ahogar la afrenta.

Llovía tanto que, con el impermeable empapado y los cabellos goteándole en la nuca, encontró el valor para franquear el umbral de la casa y decir a Marisol:

—Voy a Madrid, mamá. Voy al juicio de Buenaventura. Pienso que todavía puedo coger el tren nocturno y estar allí mañana por la mañana.

—¿Y el trabajo? —preguntó Marisol, con los ojos enrojecidos.

—Es demasiado duro. No voy a volver allí.

En la mirada de su madre se encendieron las luces de alarma.

—No te preocupes —le dijo Rosa, aterida en su calado impermeable, al que Marisol desabrochó los botones—. Ya te explicaré —añadió, mientras pasaba con energía una toalla de felpa sobre sus cabellos.

—No tienes que explicarme nada, Rosa. Eres libre, igual que yo fui libre de abandonar Calatayud por mis ideas. Allí yo era miliciana y comunista. Todavía hoy sigo siendo comunista, y no me arrepiento de ninguna de mis decisiones. Pagué un duro precio

por mis ideas. Tu abuelo fue fusilado por mi culpa. Lo que tú hagas, Rosa, solo te incumbe a ti, y yo confío en lo que haces.

Marisol se sentó en la butaca mientras hablaba. Habló como nunca antes había hablado. O al menos como Rosa nunca la había oído hablar.

—No me arrepiento de nada. Ni siquiera lamento que mi madre me desterrara de su vida. Ella murió no hace mucho. Ni siquiera sé qué tipo de anciana fue. Me he acostumbrado al silencio de los míos en Calatayud. Y os tengo a vosotros, y también a tu padre.

Una llama comenzó a brillar en el fondo de sus ojos.

—Sí, tengo a tu padre, y tengo también las cartas de Buena-ventura, que me escribe a casa de Abel. Le he dicho que si no iba a verlo, era por miedo. Miedo por mí. Un miedo egoísta. El miedo a los franquistas lo llevo muy dentro de mí, me paraliza. Yo no os digo todo, Rosa, y a veces me avergüenzo de mí misma. Soy egoísta y miedosa.

—Mamá, por favor...—Marisol comenzó a mover la cabeza, sonriendo casi.

—Te voy a acompañar a la estación, ya que me falta el valor para ir contigo.

—Sobre todo, no olvides que se trata de un juicio político —le dijo antes de besarla, en el andén de la estación—. Aunque ya sé que lo sabes.

El juicio fue despiadado. Despiadado, esa era la única palabra adecuada para calificarlo.

La sentencia salió de los labios adiposos de un juez de tez muy morena, de ralos pelos blancos engominados y peinados hacia atrás.

—Buenaventura Serrano Villabona: quince años.

—Josu Echévarri Eizaguirre: veinte años.

—Pablo Larrañaga Imaz: veinticinco años.

No oyó los demás nombres, solo retuvo las condenas: treinta años, tres veces treinta años.

Buenaventura la miró y le sonrió. Le mandó un beso con la yema de los dedos, justo antes de ser arrojado junto a los demás por una puerta. Arrojado. Sí, eso mismo: arrojado como un ani-

mal. Rosa comenzó a temblar con tanta fuerza, que la sala comenzó a temblar con ella.

Algunos gritaban, levantaban el puño, cantaban, mientras llovía sobre ellos una andanada de porras. La sala de la Audiencia Nacional de Madrid fue evacuada a la fuerza.

Fuera hacía buen tiempo. Consiguió encontrar una cabina telefónica. No era la única que quería llamar, así que se puso en la cola, dócilmente. Una mujer joven que estaba delante de ella se volvió y le preguntó de golpe:

—¿Es familia de alguno de los acusados?

—Sí, Buenaventura Serrano Villabona es mi hermano.

—Yo soy hermana de Josu Echévarri Eizaguirre. Somos de Hernani. ¿Y usted?

—De Toulouse. En fin, de Calatayud...

La cola avanzaba. Pronto le tocaría a ella.

Llamó a Abel.

—¡Cerdos! —gritó Abel al conocer la sentencia.

—Voy a coger el tren nocturno. No sé a qué hora voy a llegar. ¿Vendrás a buscarme?

—Sí, claro. Te mando un beso muy fuerte.

Apenas dos minutos. Aprovechó, sin saber por qué, para llamar a Adrián.

—¿Adrián? Soy Rosa. Solo quería que supieras que Buenaventura acaba de ser condenado hoy mismo a quince años.

—Me importa un comino —le respondió Adrián.

Rosa colgó. «¡Qué canalla!», pensó. No hay nada como ciertas frases para borrar a una persona de por vida.

Tomó un café con Garbiñe, la muchacha de Hernani, la hermana de Josu.

—Tal vez nos veamos pronto, nunca se sabe.

—Sí, hasta pronto. Yo vengo a ver a mi hermano todos los meses.

—Yo también.

Se sonrieron.

Garbiñe se subió a su vagón, y Rosa al suyo, con los quince años de Buenaventura pesándole como una losa.

No consiguió dormir en el tren de vuelta hasta la estación de Matabiau. Su cabeza era un hervidero en el que se agitaban mil

y una ideas sin rumbo fijo, y cada vez que intentaba dormirse, de los raíles le llegaba una cantinela, con un ritmo monótono: «Jesucristo tiene un pajarillo, no más grueso que un cerillo. Le sirve para hacer pipí, el pajarillo a Jesucristo».

Buscó inútilmente en su memoria, maltrecha por la fatiga del viaje, de qué conocía el obsesivo estribillo.

El alba apareció, por fin, detrás de las cimas de las montañas. Un alba rojiza, que teñía de un rosa brillante la nieve de las cumbres.

Inclinada sobre la ventana de su compartimento, veía des-
puntar Toulouse bajo la luz ocre, espolvoreada de encarnados. La
belleza la emocionó, sintió burbujear dentro de ella un sentimiento
ambiguo de felicidad y de dolor ante lo que ella llamó «una pura
joya». Y allí, en la profunda lejanía del andén de la estación, había
un pequeño grupo de personas esperándola. En la lejanía, que se
iba acercando paulatinamente, estaban el tío Ángel, Marisol, Abel,
Dolores, François y Luis. Antonio no estaba allí con ellos, en-
cerrado en su orgullo y en su aflicción.

Rosa no le guardaba rencor por ello.

Sabía que estaba sentado en su sillón, con las manos sobre
las rodillas y la mirada perdida, fija en la pared amarilla pajiza.

Se apeó del tren saltando sobre el andén. Todos la fueron
besando uno por uno, después de un mismo arquear de cejas y
encogimiento de hombros que traducían su abatimiento mejor
que las palabras.

En la vida, cada cual carga con su saco lo mejor que puede.
Esa mañana, todos ellos lo cargaban de la misma manera: en silen-
cio.

Después del juicio a Buenaventura, Rosa permaneció postrada
varios días, puede que hasta dos largas semanas. Se metió en una
campana de bronce, con un badajo inerte, que para ella no vibra-
ría hasta dentro de quince años. Cuando por fin pudiera gritar al
viento, con sus todavía jóvenes pulmones henchidos: ¡Buena-
ventura ha salido, está en camino! ¡Llegará aquí mañana!

Fue *Abuelita* la que la sacó de la campana. Murió, discretamente, una mañana. Ahora yacía allí, en medio de la cama, pequeña, apergaminada, con unos cabellos níveos, de los que la tía Clara cortó un mechón con unas tijeras de uñas. Un gesto absurdo, al que esperaba un sobre, para acabar en el fondo de un cajón.

—En toda su vida, nunca la escuché un quejido —murmuró Ángel, vestido con su traje de luto.

—Es cierto, nunca se quejó —encareció Antonio.

—Se mantuvo viva hasta conocer la sentencia de Buenaventura. Nada más conocerla, se apagó como una vela, con toda placidez —murmuró Dolores.

—Sí, se ha dejado ir. Buenaventura siempre fue su preferido —añadió Clara, con el mechón de cabellos blancos enroscado alrededor del índice.

Marisol no dijo nada. Se contentó con deslizar su mano por la nuca de Antonio, sentado delante de ella en una silla. La mano iba y venía incansablemente.

Rosa sabía que, a partir de entonces, la más diminuta brizna de miosota le traería a la memoria a su abuela, humilde entre los humildes, y de una mirada tan azul como el cielo de Valtorres. También sabía que, para extirpar la culpabilidad que le asediaba, iba a tener que aferrarse a todos los buenos momentos pasados a su lado, a todos los secretos compartidos y a los recuerdos de la infancia surgidos a partir de la mirada azul. Lamentaba ya el tiempo que no le quiso dedicar. Pensaba en la diminuta silueta que la esperaba día tras día agazapada en su sillón, mientras ella corría a otro lado, se reía lejos de ella, languidecía en los brazos del apuesto Adrián, que acababa de entrar en el cuarto, donde los murmullos parecían un zumbido de abejorros.

Rosa salió del sombrío cuarto con el aire viciado. Cogió una hoja de papel de una libreta que solía haber en la consola de la entrada, escribió deprisa y corriendo unas líneas, y colocó el papel sobre la planta ornamental que adornaba el centro de la mesa, dentro de una enorme sopera con motas ocre y granates.

«Me voy a Madrid. Mi lugar está junto a Buenaventura. *Abuelita* me entenderá».

Recorrió el vía crucis hasta los locutorios de Carabanchel, y al verse frente a su hermano se encorvó por el peso de la culpabilidad, que era inmensa.

—Eh, *cabrita* —la interpeló Buenaventura—, si has hecho este viaje para flagelarte delante de mí, te has equivocado de lugar. Esto no es el Muro de las Lamentaciones. Deja de quejarte de todo lo que hubieras debido hacer y no hiciste. *Abuelita* no te esperaba solamente a ti, día tras día. No eras su única nieta, Rosa. El tiempo pasa, eso es cierto. Pero para cada persona pasa de manera diferente. Cada cual tiene su manera de tomarle la medida al tiempo.

—Me da vergüenza —dijo Rosa, prorrumpiendo en sollozos—. Me avergüenza llorar.

—Lástima que no pueda cogerte en mis brazos, porque te sacudiría como un saco de *garbanzos*⁵ en todas direcciones. Me avergüenza llorar. Ay, Rosa, nunca te había oído decir eso —se rió Buenaventura.

—¿Piensas que soy una idiota?

—¿Eso solo, *cabrita*? ¿Nada más que idiota?

Ella irguió la cabeza para embelesarse en la sonrisa que irradiaban los ojos de su hermano, azules como el cielo de Valtorres.

La primavera floreció roja. Vino de golpe. Un golpe de sangre. Los sueños más locos brotaban de la tierra como un haz de fuego. Rosa celebró sus veintiún años fortalecida con las promesas que le hizo a Buenaventura: «¡Sí, te lo juro, voy a hacer todo lo que esté en mis manos para ser feliz!».

La esperanza dispersaba las nubes.

—¡Ya llegó! Ya estamos inmersos en ella. Plenamente sumergidos. La revolución está en marcha, hasta el propio Adrián hace huelga —se inflamaba Abel.

El mundo obrero paralizaba las fábricas en el alegre tumulto de una primavera radiante y se unía a una tumultuosa juventud estudiantil que desfilaba por las calles en filas compactas.

5.- En español en el original (N.T.).

Marisol cosió a Dolores un traje sastre rojo con bocamangas negras y a Rosa un vestido ceñido de color rojo sangre, un vestido de muaré tan tornasolado, que resultaba difícil pasar inadvertida con él puesto. Sí, Marisol se dejó llevar por el alborozo popular de todo el barrio, y cortó el vestido justo por encima de las rodillas de Rosa.

—Ven, belleza —se burlaba Abel—, te tienes que poner en la primera fila de la manifestación y todo el mundo te seguirá.

Ella sonreía, y para ir a la manifestación se puso un llamativo chaleco rojo y unos pantalones cortos negros

Las cenas transcurrían alegres como en el pasado. En Madrid, la juventud se manifestaba, y todas esas manifestaciones eran «muy, muy buenas para Buenaventura».

La imaginación era desbordante: una vez que Franco fuera derrocado, la República retomaría las riendas del poder que le habían robado hacía treinta y tres años.

Abel no escatimaba energías en el combate cotidiano. Hacía surgir dentro de él una fuerza interior asombrosa, cuyo secreto a Rosa le gustaría penetrar. Ocupó la fábrica con un entusiasmo capaz de derribar el Muro de Berlín.

Marisol, y desde hacía poco también el tío Ángel, le suministraban las municiones para el estómago. Ángel llegó incluso a bajar las persianas de acero de sus dos comercios, en apoyo a los huelguistas. Dos mañanas solamente, pero dos mañanas que había que tener en cuenta.

Abel conseguía trepar siempre a lo alto de los muros del perímetro de la fábrica cada vez que Marisol y Ángel lo llamaban. Esgrimía una sonrisa espléndida y levantaba el pulgar para decir: «¡Nos mantenemos firmes! ¡Nada nos podrá doblegar!». Marisol, orgullosa de su hijo mayor, ataba el cesto que con mucho trabajo había podido llevar hasta allí a una cuerda que Abel le lanzaba.

En la casa solo hablaba de él y de Antonio y su determinación intacta después de tantos años. Antonio también ocupó la fábrica y por primera vez abandonó la cama matrimonial, en la que Marisol acostaba, uno tras otro, a los hijos de Dolores, primero a Manuel y luego a Eva, nombres demasiado hispánicos para la abuela paterna, que rara vez los veía, aunque tampoco se portaba mal con ellos.

Rosa era la única que ponía mala cara a los dulces tesoros de Dolores. Unos pequeños canguros excitados, a los que Marisol dejaba saltar encima del sillón del abuelo, «ausente a causa de la huelga», y alterar el orden establecido, ante la mirada condescendiente de la feliz abuela.

—¡No! –gruñó Rosa–, ¡No, no brinquéis en el sillón de *Abuelito*! ¡No, Manuel, no toques las fotos que están encima del aparador! ¡No, no y no! ¡Y tú Eva, deja de moverte entre mis piernas!

—¿Por qué los regañas? –le preguntó Marisol– están llenos de vida.

Y ella, llena de rabia mal contenida, petrificada en una castidad monacal hasta el final de su vida, se refugió en el pasillo reservado a los chicos. Se sentó en la cama de Abel, hasta que la alegre voz de Dolores la sacó de sus angustias.

—Rosa, vengo a buscarte, hay un mitin en la plaza de la Daurade. Ya se ha congregado mucha gente.

—Ahora mismo voy –le respondió Rosa, poniéndose sus pantalones cortos negros por encima de sus bronceadas pantorrillas.

—Tal vez Abel tome la palabra. Ven con nosotros, mamá. No te puedes perder eso.

—¿Y los niños? –se inquietó Marisol.

—Los niños que vengan con nosotros. François está a cargo del servicio de orden de los blusas blancas. Va a ser algo grandioso.

La multitud se dirigía hacia la plaza de la Daurade. Algunas banderas rojas eran desplegadas a medida que se acercaban a la plaza. Rosa sacó la suya, una bandera negra en la que había inscrito en letras blancas: «Libertad para Buenaventura».

Alguien le preguntó:

—¿A favor de quién es esa bandera?

—A favor de mi hermano; está preso en Madrid.

—Él no tiene nada que hacer en esta concentración. Nuestros eslóganes son unitarios. Haz el favor de plegar tu bandera, camarada.

Rosa no le escuchó, y se dirigió hacia donde estaba Abel, al que veía en el estrado, frente a un micrófono. Se acercó no sin esfuerzo hasta su hermano, seguida por un hombre de perilla dorada que llevaba unas gafas redondas.

—Pliega tu bandera –insistió.

—Mi hermano está en el estrado, es el que está hablando, así que hazme el favor de cerrar el pico.

Una tromba de agua puso fin a la maravillosa concentración, y Rosa, calada hasta los huesos, buscó a Marisol en medio de la lluvia.

En el estrado ya no quedaba nadie, solamente unas banderas rojas empapadas colgaban hechas jirones sobre su asta.

En cuanto empezaron los primeros relámpagos de la violenta tormenta, echó a correr hasta la casa, por si las moscas.

¡Rosa no quería morir fulminada!

Luis estaba ya en casa, contento. Contento no, feliz. Había presentado su dimisión en el supermercado que lo empleaba como agente de seguridad «en un uniforme de guiñol, como los de todos esos imbéciles de americanos, un uniforme que me da alergia», le escupió Antonio a su hijo, el primer día de trabajo. Luis se había ido, pero ahora volvía y hasta había tenido tiempo para afiliarse al PCE.

Marisol daba vueltas alrededor de su hijo, lo tocaba: «has adelgazado». Y de buenas a primeras: «Tu padre se va a poner contento, Luis, muy contento. Va a ser su mejor regalo, junto con la vuelta de Buenaventura, claro».

«Gracias por lo que nos toca a los demás», pensó Rosa.

—¿Vas a cenar con nosotros, Luis? ¿Y por qué no te quedas a dormir, como en tiempos pasados? Me gustaría tanto poder estar todos juntos esta noche.

Y para complacer a Marisol, François y Dolores durmieron en la cama situada detrás de la bella colgadura de indiana, los pequeños canguros en la cama de Antonio y Marisol con su abuela, Luis retomó la suya, y Rosa en la cama de Buenaventura, por supuesto. Un calor benefactor invadió la casa y el sueño llevó a Rosa por un camino blanco inundado de luz, por el que caminaba rodeada de Buenaventura y de su padre, para encontrarse más tarde detrás de una hoguera en los brazos de Adrián, bajo los besos de Adrián en su cuerpo de joven monja de clausura virgen. Comenzó a estremecerse durante el sueño, con una mano entre los muslos. Despertada de inmediato, se levantó y se puso un jer-

sey viejo por encima del pijama. En la cocina, Dolores saboreaba un té en silencio, esperando a que se despertasen sus dos tesoros en una alegre algarabía.

—¿Has dormido bien?

—Sí —contestó Rosa sonriendo—, muy bien. Y he tenido unos sueños muy bonitos. Pero dime una cosa, me gustaría saber por qué Abel es tan feliz en estos momentos.

Dolores se apretó los labios con una mueca de «es un secreto, no puedo decirlo».

—Las huelgas no lo transforman hasta ese punto, ni tampoco su labor sindicalista en la UGT. ¿Qué es entonces? ¿Una mujer?

—Lo has adivinado. Es una mujer, una amiga mía. Es comadrona en el hospital Purpan. Mi comadrona habitual, una coincidencia. Una tolosana pura, llena de sol y de amor. Se llama Maryse.

—¿Mamá está al corriente?

—Sí, desde el principio —contestó sonriendo Dolores.

—Gracias por hacerme partícipe del secreto. Tal vez no lo merecía.

—Te equivocas, Rosa. Abel quería invitarte una noche a su casa y decírtelo él mismo. Pero tú siempre rechazaste sus invitaciones. Y ahora, con todos estos acontecimientos, ya no ha tenido tiempo para eso.

—¿Dónde viven?

—En casa de ella. Ya verás, es un apartamento viejo, en la calle de los Filatiers. Estoy segura de que te va a encantar. Es una buhardilla desde la que se puede ver el Garona por la claraboya del tejado. Maryse es la mujer que...

—¡Basta! Es una mujer y punto. Como tú y como yo. Y ha tenido la suerte de conocer a Abel, eso es todo.

—¿Y tú? —le preguntó Dolores, cogiéndole una mano.

—Para mí es Siberia, el desierto del Gobi, la Patagonia. Pero no tengo apuro. Lo único que tengo que hacer es trabajar, para poder ir todos los meses a Madrid.

—Te puedo ayudar. En el hospital vamos a crear una unidad de recreación para los niños gravemente enfermos. Nos gustaría distraerlos, hacerlos reír, devolverles el encanto de la infancia a través del teatro, las marionetas, el canto. Me parece que puedes realizar muy bien ese cometido, Rosa.

—Te equivocas, no me interesa. Te admiro por lo que haces, pero soy incapaz de dar un poco de mí para hacer sonreír a un niño que va a morir. Me equivoqué de oficio. Los niños del Recinto todavía hoy me obsesionan. Me hacen daño. Tú puedes compartir tu desasosiego con François, pero yo no tengo a nadie.

Marisol apareció en ese momento, realmente extrañada al verlas levantadas tan temprano. El sol iluminaba la cocina, en la que, por encima de sus cabezas reunidas alrededor de la formica amarilla de la mesa, flotaban el aroma a café y a pan caliente que entraba por la ventana abierta que daba al patio y que no se podía describir.

Estaban pasando un momento tan agradable, que lo dilataron hasta que se despertaron los pequeños canguros.

—Por la mañana Luis me va a acompañar hasta la fábrica. Quiere ver a su padre —anunció Marisol, encendiendo la radio.

No hay trenes desde anoche. Los autobuses tampoco circulan. Correos y telecomunicaciones están en paro. Los estibadores acaban de entrar en huelga. Se han suspendido las clases en los institutos. Todas las ciudades se han convertido en ciudades muertas. La práctica totalidad de la prensa está afectada por el movimiento, que cada vez se extiende más. A partir de mañana no habrá periódicos en los kioscos. El movimiento afecta a la radio. En estos momentos no sé si les hablaré mañana.

Dolores estalló en una bella y sonora risa.

—¡Es magnífico! —sonrió Marisol, con los ojos empañados—. Es magnífico, hijos míos, por fin vamos a conocer el mundo que tanto soñé. El mundo por el que empuñé un fusil. Ese mundo está naciendo ahora. Está aquí ya, y va a ser hermoso porque nosotros lo vamos a hacer hermoso.

El mundo va a ser hermoso porque nosotros lo vamos a hacer hermoso, había dicho Marisol.

Era un sueño. Uno más.

Los sindicatos llamaron a la moderación, a la conciliación, a la discusión.

Y aunque los manifestantes continuaron ocupando las calles y enfrentándose al orden reestablecido, todos los que tuvieron que retomar la vida cotidiana se quedaron con un gusto amargo.

Una tierra oscura, recientemente removida, se extendía por los campos hasta los primeros contrafuertes de las montañas.

Las viñas, escalonadas en niveles sucesivos, se engalanaban de hojas doradas. Los racimos colgaban de los pámpanos aquí y allá y Rosa, golosa, tragaba los granos de uva con avidez.

El otoño desplegaba sus púrpuras y sus oros por todos los caminos del Lauragais que Rosa recorría, acompañada de Luis, siempre con su boina negra, con una estrella roja adornada con la hoz y el martillo en el medio, que llevaba echada hacia atrás sobre sus rizos oscuros. Hablaban del mañana.

—Para hablar del futuro —decía Rosa, grandilocuente—, lo mismo que para hablar del pasado, hay que hablar del presente. ¿Qué vamos a hacer mañana tú y yo?

—No tengo ni idea —sonreía Luis—. Ni la más remota idea.

Luis había pasado toda la estación impregnado de grasa sucia en un garaje, y Rosa fregando platos en un restaurante.

El futuro no tenía ningún significado para los supervivientes de una revolución abortada. Marisol todavía no había enterrado el mundo que «nosotros vamos a hacer hermoso».

—El mundo que hubiéramos podido construir es —utilizaba el presente, el sueño no podía morir in extenso— como uno de esos soufflé que vuestro padre adora, un soufflé al Grand-Marnier. Detrás del cristal del horno, está hinchado como un paracaídas, y una vez en la mesa, muy, muy aprisa, se baja y se queda completamente arrugado. Pero sigue estando bueno.

«Ella tiene razón —pensaba Rosa—. De todo este hermoso levantamiento han quedado cosas buenas. Antonio ha rejuvenecido».

Nunca se cansaba de contar a su conquistado auditorio —los suyos más Maryse— sus carreras-persecuciones con la policía por los bulevares de Toulouse, incluso cuando ya los sindicatos llamaban a volver al trabajo sin condiciones. Recordaba frecuentemente una de ellas —su preferida—, y todos los que estaban frente a él hacían como si fuera la primera vez que la contaba, puntualizándola con grandes carcajadas.

—Si hubiérais visto, querían hacerme entrar a cualquier precio en el furgón. Pero yo me resistía de tal forma, ja, ja, ja, que no conseguían meterme dentro. Conseguí abalanzarme con la cabeza agachada sobre el más grande, el más fuerte. Debí golpear, ja, ja, ja, lo más precioso que tenía. Me soltó y yo eché a correr, corrí sin parar. Debo haber batido el récord de Mimoun⁶.

—Y llegaste sin tu jersey, y con tu linda camisa desgarrada —sonreía Marisol, ante la hazaña de su héroe.

Abel no había abdicado. Hablaba de los días futuros que... —todo el mundo conocía lo que seguía— ...sin puntos suspensivos ni de interrogación:

—Estábamos cerca del objetivo final, no hay ninguna razón para que un día no lejano no ganemos.

Maryse se lo comía con los ojos y con la entreabierta boca. Además, él hablaba para seducirla. Aunque no lo necesitaba. Ella estaba abierta como un erizo de castaña, completamente dulce y aterciopelada en el interior.

Entonces Rosa comenzaba a soñar con ese otro que solo la espera a ella en el otro extremo de la tierra y que la primera vez que la vea, le dirá: «Eres tú la que yo esperaba». Ese otro no es Adrián.

¿Quién es entonces ese otro?

No debe andar por las calles de Toulouse. Debe encontrarse en otro planeta, y quizás hasta en un traje que no es suyo. Un desconocido de un continente perdido por el que nunca pasa nadie.

—¿Qué vas a hacer, Rosa? —preguntó Marisol, sin añadir lo que Rosa tanto temía: ¿De tu vida?

—No lo sé.

—Luis ha encontrado trabajo hasta noviembre. ¿Y tú?

—No encuentro nada. No busco, sería más exacto.

—Hay un anuncio en el periódico. Buscan una vendedora, en un vivero. No, me he equivocado, no es una vendedora lo que buscan, sino alguien que se ocupe de las plantaciones.

6.- Alain Mimoun: gran atleta francés, especialista en fondo y semifondo. Entre otras muchísimas victorias, ganó la maratón de los Juegos Olímpicos de 1956 (N.T.).

—¿De las plantaciones? ¿Me ves plantando? No, no me veo en ese trabajo.

—Tienes que trabajar, Rosa. No quieres ir al hospital con Dolores. No quieres esto, no quieres lo otro. Y eso que eres capaz, e inteligente. No te entiendo.

—Está bien. Iré a ver lo del anuncio.

Rosa desapareció, escondiéndose detrás de la colgadura de indiana, que también envejecía.

Marisol preparaba unos garbanzos en la cocina. Los efluvios de los «garbanzos en salmorejo» invadían la vivienda, y cuando Antonio llegara a casa, con las facciones marcadas por una dura jornada laboral en medio del ruido y del aceite de perforación que le sigue a todos lados como un perfume pertinaz, diría alegremente: «Huum, garbanzos en salmorejo». Y se pondría contento.

Rosa no se atrevería a mirarlo a la cara.

Si la vida fuera fácil, Rosa abriría un restaurante con Luis, en el que solo habría *garbanzos*. *Garbanzos* en todas las variantes. *Garbanzos a la catalana*. *Con callos*. *Con carrillada de buey*. *Con mojo de pimientos y huevo duro*. *Con salsa romesco*. *De las monjas*. *En salmorejo*. *Guisados a la madrileña*⁷. Sin traducción. Una auténtica casa de locos. Una pequeña fábrica de gas con el que alimentar a una parte de la ciudad.

Rosa le negaría la entrada a cierta gente, y en las paredes habría retratos de todos los republicanos asesinados. Colocaría un enorme retrato del poeta asesinado Federico García Lorca, cuyo cuerpo dejaron pudrir bajo la tierra amarilla de Andalucía, rodeado de olivos. En vez de menús, escribiría poemas en inmensas pizarras. Y al lado de Federico colgaría una gran foto de su apuesto hermano Buenaventura. Y leería en voz alta todas las bellas cartas que él le ha escrito y que la empujan a seguir adelante en este mundo podrido.

Obligaría a los comedores de garbanzos a escucharla, y cuando terminaran de tragar los kilos de *garbanzos* se levantarían todos, puño en alto, para irse a liberar a todos los presos de la tierra.

7.- En español en el original (N.T.).

Sería el restaurante del nuevo renacer del mundo. Luis tocaría el piano, pese a no saber tocarlo. En el restaurante de Rosa y de Luis, estarían permitidas todas las esperanzas. La fraternidad del *garbanzo* no sería una palabra vana.

—¿Duermes, Rosa?

No respondió. Al día siguiente iría a pedirle trabajo a su tío Ángel. Vendería frutas y legumbres de la Huerta de Valencia.

—¿Qué haces, Rosa?

—Vendo garbanzos.

—Está dormida –suspiró Marisol, alejándose de puntillas, para decir nada más cruzar la puerta–. Me preocupa.

«Mañana será otro día», se dijo Rosa, que amaba a Scarlett O'Hara como a una hermana.

No hay ninguna contradicción entre amar a Scarlett y ser comunista.

—Sí, mañana será otro día.

Se sentó en el borde de la cama, desgreñó su cabellera rizada y corta, y se mordió el labio inferior con mirada voluntariosa. Luego salió de detrás de la colgadura para ir a sentarse entre Luis y Marisol, frente a su padre.

—Me he dormido –mintió–. Mañana voy a ir al vivero.

El vivero estaba situado en la periferia de la gran ciudad. Se confundió tres veces antes de llegar y tuvo que cambiar dos veces de autobús.

Era un gran invernadero, rodeado de árboles moribundos metidos en un centenar de contenedores de plástico negro. Y qué desgracia, los árboles moribundos eran olivos. A Rosa le entraron ganas de darse media vuelta, por el camino plagado de cactus. A dos pasos de ella, un hombre regaba unas plantas, medio encorvado sobre la manguera de plástico.

—Vengo por el anuncio –dijo Rosa con una voz clara.

El hombre se irguió; era grande y de pelo y ojos muy negros.

—¿Por el anuncio? Sígame, aquí corre el riesgo de mojarse los pies.

Al fondo del invernadero, giró a la izquierda entre las hortensias, las palmeras enanas, los ciruelos, los abetos, los ciclamores, hasta llegar a una cabaña en la que había un escritorio en el que se amontonaban los *dossiers*, un teléfono, varios casilleros y tres tijeras para podar.

—Bien –dijo–, voy a ser breve. Pero aún así, siéntese. ¿Qué sabe de plantas?

—Nada –contestó Rosa, sosteniéndole la mirada.

—¿Y de árboles?, ¿tampoco nada?

—Nada.

—¿Entonces qué le ha traído aquí?

—Un anuncio en el periódico. Busco trabajo. Soy monitro-educadora, pero no quiero seguir siéndolo.

—Es su opción. Pero aquí, para trabajar, es necesaria una mínima formación en botánica.

—¿Para dejar que se mueran los olivos arrancados de su tierra?

Él sonrió. Sus dientes blancos sobre su piel mate, dorada por el sol, produjeron algo de efecto.

La sonrisa fue siguiendo a Rosa, mientras esta se levantaba.

—Siento mucho haberle molestado para nada.

Hizo énfasis en el «nada».

—La salida es por aquí –indicó apartándose para dejarla pasar–, la acompaño.

—No es necesario, sé leer los paneles.

Se obstinó en seguirla hasta la salida. Siempre con su sonrisa de actor de cine, le tendió la mano, que ella no aceptó.

—Ni siquiera sé su nombre.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Para saberlo, sin más.

—Me llamo Rosa Serrano Villabona. ¿Y usted?

—Pierre Ponce.

Se encogió de hombros. Si lo que pretendía el idiota de blancos dientes del Actors' Studio era verla sonreír, había fracasado. No sonrió. Le lanzó una mirada que lo dejó plantado allí, como un árbol en su contenedor, sin poderse mover.

Quiso decirle algo, pero no se le ocurrió nada. Buscaba algo que sonara como una bofetada.

—Hasta luego señor, y gracias —alcanzó a decir con frialdad.

Se alejó de allí. Sabía que la seguía con la mirada, pero no se volvió. Siguió caminando hacia adelante, en busca de un empleo.

Abordó el gran bulevar, por el que podía caminar a paso raudo, como correspondía a la cólera que la poseía por completo. No se tenía que haber presentado nunca a esa oferta de empleo; y ahora, no estaba mejor que ayer. Tenía la mirada fija en las gabarras que estaban amarradas a lo largo del muelle. El viento sur soplaba desde hacía dos días en ese final de octubre. Las avenidas estaban cubiertas por una inmensa alfombra de hojas rojizas que crujián bajo los pies. Quisiera ser una gabarra y dejarse deslizar por el Garona. Pero no era una gabarra. Tenía una cita con Luis, y su raudo paso la llevaba hasta el pequeño bar en el que la esperaba. Un barcito acogedor, que no tenía buena apariencia, pero que los rayos del sol acariciaban todos los días al atardecer. Luis estaba sentado en una mesa situada en la acera, pero no estaba solo. Habría podido estar con cualquiera, pero estaba con Adrián, y eso era francamente demasiado.

Delante de Adrián no le podría confesar a Luis que no iba a ir a podar los bojés redondeados, cuadrados, en forma de pirámide, porque el apuesto mozo de Actors' Studio le había hecho pisar tierra en un terreno en el que no tenía cabida.

No atravesó la calle, se quedó plantada allí como la cepa de un arbusto a la que no va ningún pájaro a posarse, un pequeño sauce llorón enfermizo. Solo que, desde el otro lado de la calle, a unos pocos metros río abajo, Luis levantó una mano y le hizo señas para que se acercara. Fue hacia él, con la mirada clavada en la mano de su hermano, aferrada a esa mano, pues en cualquier instante podría ahogarse en el agua sucia del colector.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luis.

—No ocurre nada, ya habían contratado a alguien.

—¿Quieres tomar algo? —insistió él.

—Una menta con agua.

Las palabras salían entrecortadas, ante la mirada de Adrián. Esa mirada que tan bien conocía, por haberla visto a menudo encima de ella. Sintió que se estremecía, y se enojó consigo misma por ese estremecimiento en las rodillas.

—Siéntate –invitó Luis–, voy a pedirla.

Adrián se inclinó hacia ella y la cogió por la muñeca.

—¡Basta! –se defendió ella–. ¡Mira que eres engreído!

—Era solo para mirar la hora. He perdido mi reloj.

—¡Sí, por supuesto! ¿Me tomas por una imbécil?

—Eh, eh –se burló Adrián– por lo que veo la señorita está muy enojada.

—¿No te parece que tengo motivos para estarlo? Y quita la mano de mi muñeca.

Luis regresaba con la menta con agua, que Rosa bebió de un trago.

—Tengo sed –se excusó–, quisiera tomarme otra.

Adrián aprovechó la ausencia de Luis para decir:

—Me gustas cuando estás enojada, Rosa.

Ella sacudió la cabeza, llevándose el índice a la sien.

—Estás loco. Crees que puedo olvidarlo todo sin más ni más. Cuando te llamé desde Madrid, creí, no sé lo que creí, me dejaste de una pieza, nunca pensé que pudieras responderme esa mamarrachada. Es la única palabra que se me ocurre. ¿Qué son para ti quince años de prisión? Nada. Para Buenaventura, quince años es el abismo. ¿Pero para ti solo son unos minutos, verdad? Porque en la cárcel el tiempo no cuenta, ¿verdad? ¡Responde!

Alzó la voz. Adrián la miró intensamente. Luego la volvió a coger por la muñeca.

—¿Qué quieres, Rosa? Pretendes castigarme a través de Buenaventura. Tu hermano hizo su elección. Yo no estoy de acuerdo con él. Tengo derecho a no estarlo. Mis ideas políticas son tan legítimas como las tuyas.

—Me das asco –articuló Rosa.

—¿A tanto llegas? No te doy asco como hombre, porque soy el hombre que sabe hacerte gozar. No digas lo contrario. Y eso a ti te gusta. Solo que yo, yo no soy un héroe. Y a ti te gustan los héroes. Entre tú y yo, Rosa, Buenaventura es solo una excusa. Lo

mismo que la *chuleta* fue una excusa lamentable. Tú me deseas, pero yo no tengo una aureola de gloria. El único hombre al que eres capaz de amar, aparte de a Buenaventura, es a tu padre. Y para matar a tu padre, necesito algo más que mi pene; necesito...

—¡Cállate! —llegó a decir, antes de ver la menta con agua y las dos cervezas que Luis acababa de depositar encima de la mesa verde de chapa.

—Estábamos discutiendo —se creyó obligado a decir Adrián, cuya mirada azul tenía reflejos de un cielo de tormenta.

Toribio, el patrón, se acercó a ellos para proponerles que cenaran allí:

—Hace buen tiempo, hay que aprovechar una noche tan hermosa como esta; para mañana han anunciado lluvia...

—No tengo hambre —respondió Rosa.

—Venga, Rosa, dame ese gusto. Te llevaré en mi motocicleta.

Rosa cedió. ¿Para qué servía pelear? ¿Y contra quién pelear? El viento del sur era ligeramente cálido.

Los clientes eran todos antiguos republicanos, viejos veteranos, anarquistas en su mayor parte. En la mesa de Toribio y de Sole, se comen platos de allá, se bebe vino de allá. Siempre hay alguien para tocar uno o dos acordes de guitarra. En la pared del fondo de la sala, y hasta en los propios ladrillos rojos, Toribio escribió con pintura negra, hace ya mucho tiempo, el himno de los anarquistas de la CNT:

Negras tormentas agitan los aires,
Nubes oscuras nos impiden ver,
Aunque nos esperen el dolor y la muerte,
Contra el enemigo nos llama el deber

El bien más precioso es la libertad.
Hay que defenderla con fe y valor.
Alza la bandera revolucionaria,
Que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.

¡En pie pueblo obrero, a la batalla!
¡Hay que derrocar a la reacción!
¡A las barricadas! ¡A las barricadas,
Por el triunfo de la Confederación!

A las barricadas, a las barricadas,
Por el triunfo de la Confederación.

Rosa conocía este bar desde que era muy pequeña. Siempre existió, aunque ella nunca había entrado en él hasta este verano.

Toribio parecía un búho, con sus ojos brillantes debajo de unas enormes cejas enmarañadas. Sole, su compañera, tenía el rostro de una madona del Greco. Una cara demacrada y pálida. Era de Toledo. Tenía trece años cuando la Legión Extranjera se apoderó de la ciudad.

No hubo ningún prisionero, solamente calles cubiertas de cadáveres y un riachuelo de sangre fluyendo desde la parte alta de la calle principal hasta la puerta de la ciudad. No habla nunca de los padecimientos que *los Moros* la hicieron sufrir. Toribio es quien habla por ella. Y en cuanto empieza a hablar, ella se encierra en la cocina, entre los olores a pimientos fritos en aceite de oliva, a bacalao con tomate, a todo lo que tan bien sabe hacer para alimentar a sus fieles clientes de bocas sibaritas. Escucha las alabanzas con una tímida sonrisa, sin abrir la boca. Sole es una reina solitaria. No tiene hijos.

Toribio la protege con sus grandes brazos. Nunca habla de él. Es de Barbastro. Nunca habla de las masacres. Tenía diecisiete años, y a esa edad, el horror no tiene rostro. Contra el enemigo, sí, hizo lo que había que hacer. Y lo que hizo, solo él lo sabía. No sabía cuando acabar cuando hablaba de Sole, del calvario de Sole, de la vagina de Sole, perforada por esos groseros marroquíes a las órdenes de Yagüe y de la Santa Cruz. Nunca hablaba de las sotanas de Barbastro chorreantes de sangre.

Ahora era un viejo. Tenía cuarenta y nueve años. Su luz era Sole, y ese pequeño bar, en el que se reunían los anarquistas y algunos comunistas que habían sabido franquear el altísimo obstáculo de las disensiones que los habían desgarrado. Ahora, en Toulouse, eran españoles, y nadie diferenciaba entre un anarquista y un comunista.

Únicamente en el interior de cada uno de ellos persistían las viejas querellas. Antonio, por ejemplo, nunca ponía los pies en El Camino.

Cuando terminaron de cenar, Toribio cogió aparte a Luis.

—Me voy a casa —dijo Rosa, siguiendo con la mirada la polémica que se eternizaba.

—Te acompaño durante un tramo —propuso Adrián.

Ella no se negó. Sabía por qué.

Se alejaron de El Camino, bajo una luna llena blanquecina y con un viento sur que hacía que las hojas muertas se arremolinaran entre sus piernas.

Bordearon el muro de una vivienda abandonada, un muro que conocían bien, y encontraron una brecha abierta en él, recubierta de viña virgen. La mano de Adrián en el cuello de Rosa era cálida. Franquearon la brecha de piedras medio sueltas.

—Cuidado —se escuchó la voz de Adrián.

Siempre decía lo mismo en ese lugar.

Rosa se encontró pegada al muro, con su boca buscando la de Adrián. La lengua de Adrián encontró la de Rosa, que la esperaba desde hacía demasiado tiempo, y comenzó a hacer contorsiones extravagantes contra la de él. Hasta que este la retiró para deslizarla por su garganta, hasta llegar a las erectas puntas de sus senos.

Un furor común empotró a Rosa contra el muro, con sus piernas alrededor de las caderas de Adrián, que la penetró con un salvajismo que ella aceptó, echando la cabeza contra las puntiagudas piedras, pero su placer era tan grande que ni siquiera sentía sus rasguños.

Adrián daba bufidos bajo la luna. La roció con su semen, mientras ella lo inundaba con las lágrimas que corrían por sus mejillas, que él lamía como el bello animal que era.

Adrián permanecía callado.

Rosa, en cambio, al posar los pies por tierra dijo:

—No sé lo que me ha ocurrido.

Él se echó a reír.

—Esto —dijo poniéndole las manos en las nalgas.

El viento se había calmado.

—Quiero irme a casa, tengo frío.

—Pues yo quiero más.

—Tengo que irme, Adrián. Mañana me voy a Madrid.

El silencio se adueñó de ambos.

Él la acompañó hasta su casa por las calles desiertas, bajo una pertinaz llovizna que sustituyó al fuerte viento sur.

Apenas se cruzaron unas pocas palabras.

Adrián la besó largamente, antes de que ella subiera la escalera de cemento.

—Que duermas bien, Rosa. Hasta pronto.

Que duermas bien, Rosa. Hasta pronto. Y no lo que ella esperaba: saluda a Buenaventura de mi parte, o aún mejor, dile que me acuerdo de él; o quizás, saludos de mi parte.

No. Solamente un «qué duermas bien, Rosa. Hasta pronto», tibio como una manzanilla.

Unos animales, eso es lo que somos. Nos abrazamos estrechamente, nos apareamos salvajemente y nos despedimos.

Como dos perros.

Se avergonzó de sí misma.

Dos días más tarde estaría en Madrid, donde se volvería a encontrar con el ardor de Buenaventura, que la transportaba a otro mundo, en el que su mirada se ensanchaba.

Sabía que Buenaventura volvería a hablarle del asesinato de Txabi Etxebarrieta, ocurrido en junio en Benta Haundi, y de la feroz represión que se abatía sobre un pueblo cuya lucha había asumido. Un pueblo que ella apenas conocía.

Sabía muy poco sobre los combatientes vascos.

Sabía, no obstante, que Buenaventura no mentía, que no era un iluminado peligroso, como era tildado por cierta prensa, al igual que sabía que su padre, su madre, Abel y Luis no podían entrar en España, porque se habían afiliado en el PCE. Y que la cárcel era el premio común para todos los antiguos combatientes que no habían renegado, si se decidían a regresar a su tierra.

Conocía los riesgos que ella misma corría yendo a Madrid, donde, a fin de cuentas, nunca se sentía tranquila, sobre todo durante los controles policiales a la salida de la estación.

En Madrid se volvería a encontrar con Garbiñe, la muchacha de Hernani. Apenas tendrían tiempo para cruzarse. Rosa estaría saliendo de la visita, mientras que Garbiñe no habría tenido aún la suya. La llevaría una vez más a los baños del bar. Allí, al abrigo de las miradas y después de mirar cien veces a su alrededor,

Garbiñe sacaría de entre sus ropas unas hojas dactilográficas con fotos, algo arrugadas e imprecisas.

«Para que las pases», le susurró Garbiñe a la oreja la primera vez. «Escóndelas en el vientre, debajo de las bragas. Tú no tienes nada que temer».

Era fácil de decir.

Rememoró los cacheos corporales que había observado en dos ocasiones en los andenes de la estación.

Para no negarse, pensó en que por suerte le gustaban las bragas blancas de algodón espeso, que llegan hasta el ombligo. Esa primera vez que realizaba un acto clandestino no se le iba a olvidar tan fácilmente a Rosa. No pudo cerrar los ojos en toda la noche en el tren de vuelta y permaneció todo el tiempo con las manos cruzadas sobre el vientre, soldadas entre sí hasta el dolor, en medio de unas ganas irreprimibles de hacer pipí. «El pipí del miedo», se habría burlado Buenaventura si lo hubiera sabido.

Esa primera vez, no supo «pasar» las hojas –de los testimonios de tortura–, y las guardó un mes debajo de su colchón. Durmió un mes sobre los cuerpos torturados, antes de hablarle de ello a Abel.

Después, ya aprendió a «pasar». Abel los multicopiaba, y Luis y Rosa se encargaban de distribuir los testimonios por los buzones de los periodistas, de los abogados, de las asociaciones, y entre los republicanos españoles de Toulouse, ciudad muy extensa cuando se cuenta solamente con una motocicleta y cuatro manos.

Era un juego clandestino cautivante, nocturno, realizado con la firme intención de no dejar ningún indicio y de hacer fracasar la infinita paciencia de la policía, a la que le encantaría poder aprehenderlos. Pero Luis gritaba con júbilo un «ni pa dios» tan grosero que Rosa no era capaz de repetirlo.

Cuando llegó a Madrid, Garbiñe no estaba en la cita habitual. Rosa la esperó, inquieta, hasta el último momento.

—Es normal –le dijo Buenaventura–. Su hermano ha sido trasladado a la prisión central de Segovia.

Esa semana hubo tres traslados.

Hizo una pausa, antes de añadir, con la mirada perdida:

—Garbiñe es una chica estúpida. Nos escribimos a menudo.

Hubiera podido añadir: «estoy perdidamente enamorado de ella», a tal punto se podía leer esa confesión en su mirada. No lo dijo, pero Rosa sintió como una punzada de celos atravesaba su corazón. Le resultaba difícil digerir que Buenaventura tuviese a otra, pero entraba dentro del rango de las cosas normales. Adrián, el imbécil, sería el primero al que se lo diría.

Entonces Rosa empezó a hablar, a hablar como una máquina bien rodada, que con su impulso pone en movimiento correas sin fin.

—Ahora mamá viste a la flor y nata. Imagina la cara de papá. Trabaja para la boda de una familia muy apreciada en el mercado (emite una risita tonta). El comedor semeja un salón de Alta Costura. Así que papá ha trasladado su sillón y la radio a la cocina, y a mí me queda el sitio justo para poder pasar hasta mi cama. Mamá siempre tiene alfileres en la boca. «Mientras no nos meta en *El pito del Corral*», dice papá. Tú ya lo conoces, no cambia.

Buenaventura escuchaba sin interrumpirla. ¿Estaría allá, al lado de sus padres, mientras ella hablaba?

—Dolores se avergüenza de no venir a verte más a menudo, de venir solamente dos o tres veces al año. Pero ya sabes, entre el hospital, los pequeños, François, no puede hacer mucho más. Te envió unas fotos. ¿Las has recibido?

Asintió con la cabeza.

—Ya no podrás volver a ver a Garbiñe, así que quiero que te aprendas de memoria su dirección de Hernani. Pronto será su cumpleaños, y me gustaría que le envíes una foto mía. La foto solo. Ella entenderá. ¿Has memorizado bien la dirección? ¿Estás segura?

—Sí —consiguió decir Rosa mientras anunciaban el final de la visita, para añadir de inmediato—: ¿Qué foto?

—La más bonita —contestó sonriendo por fin Buenaventura.

Escribió apresuradamente la dirección de Garbiñe antes de olvidarla y luego cogió el tren nocturno, en medio de una borrasca de aguanieve. Una vez en su compartimento, apoyada sobre la fría ventana, comenzó a desmenuzar los minutos que había pasado con Buenaventura.

—No he conseguido hacerlo reír. Más bien todo lo contrario; creo que lo he exasperado. Está enamorado, de acuerdo. ¿Y entonces qué era yo hoy para él? ¿Solamente una perrita de pelaje triste que corretea bajo la lluvia gélida entre los coches que acabarán aplastándola?

Iba construyendo una película tétrica cada vez más triste, hasta imaginar su propio entierro, en el que lloraba. Imaginaba muy bien a Abel frente a su tumba blanca, de frontón redondeado.

Sabía hasta lo que iba a decir. Marisol, abatida en los brazos de Antonio, tendría en sus manos un enorme ramo de peonías de un tierno color rosa, y Adrián, que nunca la comprendió, pensaría únicamente en sus bellos senos.

«Rosa Serrano Villabona no vivió como quiso, sino como pudo», quedaría inscrito sobre su tumba en letras de color rojo sangre.

Acabó durmiéndose, justo antes del cambio de tren. Cuando estaba en el mejor momento del sopor que lleva al sueño reparador, una voz comenzó a gritarle repentinamente en la oreja:

—Se ruega a los viajeros con destino a Toulouse que desciendan del tren y se dirijan a la vía número 4. Vía número 4.

Siempre es así. Un «Vía número 4», como para hacer estallar los tímpanos.

Cuando bajó del tren, Rosa tenía una cabeza de lechuza asustada, a tal punto abrió desmesuradamente los ojos, tratando de encontrar su vagón bajo la pálida luz de los andenes.

Su único deseo era verse de nuevo en su cama, apoyada en su almohada. Y sentir el aroma del café que embalsamara el aire cuando entrara en casa al alba, y que su padre estaría bebiendo de pie, de espaldas a la ventana de la cocina.

Y también deseaba ver la mirada que su padre le dirigiría. Una mirada de amor. La única mirada que le conocía cuando volvía de Madrid.

Era no contar con Luis, que esa mañana fue a esperarla, con la boina como siempre hundida en la cabeza, y el cuello hundido en una especie de cazadora acolchada de color gris claro decolo-

rado, con un cuello en el que sumergía tanto la parte inferior de su rostro, que por encima de sus ojos solamente se podía ver la insignia roja y dorada. Después de Mayo del 68, las ideas políticas podían exhibirse en la boina, y Luis no se privaba de hacerlo.

Tenía el aspecto apurado de alguien que quiere anunciar algo pero se contiene, hasta juzgar que ha llegado el momento oportuno.

En el aire gélido del alba, los gases de escape de la motocicleta humeaban por detrás de ellos como una bruma espesa por encima de las aguas del Garona.

Al llegar a su destino, Luis subió las escaleras de cuatro en cuatro, llevando a hombros el bolso de Rosa, y entró como una liebre en la vivienda.

Antonio recibió a Rosa con la mirada que ella siempre esperaba de él.

—Nos vemos por la noche, papá —le dijo sonriendo, antes de recibir el beso con aroma de café en la mejilla.

—Estás muy pálida, *cariño*, ven a calentarte —le invitó Marisol, abrigada con una pesada bata de color rojo oscuro, y los cabellos recogidos en un pañuelo negro.

Luis se había sentado contra la cocina, y antes incluso de que Rosa se calentara las manos con su taza de té ardiente, la miró directamente a los ojos:

—He encontrado un negocio magnífico para ti y para mí. Un negocio cojonudo. Un verdadero chollo; una ocasión así no se va a presentar dos veces y...

—Deja en paz a tu hermana, tiene que dormir. Ya se lo dirás más tarde —intervino Marisol.

Tenía razón.

Rosa luchaba para no dormirse, pero Luis estaba tan febril, que hizo el esfuerzo de escucharlo.

—Bueno, al grano, se me ha presentado la ocasión de comprar una vieja librería, llena de santurroneñas antiquísimas. El viejo quiere desembarazarse de ella por un precio irrisorio, realmente irrisorio. El sitio no es demasiado malo, es en una callejuela que está detrás de la plaza Saint Sernin. Tiene dos entradas, una en la calle de Embarthe, y la otra calle ya no recuerdo cuál es. ¿Ves dónde te quiero decir?

Hacía las preguntas sin esperar las respuestas.

—Voy a comprar el establecimiento por casi nada y vamos a poder abrir una librería y un café, completamente nuestros. Hay dos salas, una al lado de la otra. Una será la librería, y la otra el café. Tú te ocuparás de la librería, y yo del café.

Marisol escuchaba a su hijo con los ojos mirando al cielo. ¿De sus tres hijos, no sería Luis el más loco, el que no pisaba tierra y transformaba sus deseos en realidad?

—Y con qué dinero vamos...

—No sigas, Rosa. Yo trabajo. Trabajo en el mercado para Ángel, trabajo en el restaurante de Toribio y de Sole, y dentro de una semana debo empezar a trabajar en el crematorio del Hospital. ¡Nada de un curro! No gasto nada. Vivo en la casa. ¡Así que, ya ves! ¡Tengo con qué pagar!

—No me vas a hacer creer...

Luis se levantó, vehemente.

—Es cierto que Ángel me adelanta una gran parte. Pero eso no es un crimen. Toribio también, y a él le voy a pagar trabajando todos los días en El Camino desde las ocho de la tarde hasta la medianoche. Es eso o nada, Rosa. Si tú no estás de acuerdo, ya encontraré a algún otro.

—No grites. Tengo sueño. Ahora voy a dormir, pero me gustaría ir esta tarde a visitar tu maravilloso chollo.

Fingió asombrarse.

—Sí, sí. Tú eres el que ha dicho que este negocio era una ganga. No pongas esa cara de asombro. Lo has dicho, y lo asumes con eso que tienes ahí, encima de la cabeza.

Y colocó su dedo índice sobre la insignia de su boina.

—Venga, me voy a dormir. Y no te he dicho que no.

Él sonrió con la sonrisa de un chiquillo que ha ganado.

Antes de que Rosa se introdujera en su mullida cama, Marisol fue a ponerle una mano sobre la frente.

—¿Y Buenaventura, qué tal está?

—Está bien, mamá, no te preocupes; está bien. Y te voy a contar un secreto, está enamorado.

Finalmente la ganó el sueño, con la almohada apretada entre sus brazos.

Nada pudo mantener a Luis alejado de su proyecto.

La idea era novedosa, y Rosa se aferró a ella. Le gustaba hacer frente a los desafíos.

Lo primero que hizo, no obstante, antes de lanzarse a la empresa, fue escoger la foto más bonita de Buenaventura.

Las fotos circularon por las manos de Dolores, Marisol y Rosa, antes de encontrar la que les parecía la más bonita, una en la que Buenaventura estaba sentado al sol en un pretil del muelle, con los brazos abiertos y las manos posadas en el borde del pretil, y las piernas colgando por encima de una acera de cantos rodados de la que emergían tres manojos de margaritas. Sonreía y el sol bailaba sobre sus rizos. Estaba en mangas de camisa blanca, y llevaba puesto un viejo pantalón de tela negra. Estaba guapísimo. Esa sería la foto que iban a enviar a Garbiñe. Sin nada más. Antes de meterla en el sobre, Marisol besó la foto, y como los ojos de Dolores se empañaron de lágrimas retenidas, se escapó hacia la cocina.

Rosa no pudo abstenerse de escribir a Garbiñe una extensa carta para darle su dirección, por si algún día pasaba por Toulouse. Le contaba asimismo cuánto quería a su hermano; cómo, siendo pequeño, conseguía todo lo que quería, cómo era un jefe nato. También le explicó que lo llamaban *Jefe o Xefe*. Y también que ella, Rosa, esperaba de todo corazón poder volver a verla muy pronto, deseándole que todo le fuera bien y encargándole que «le diera un beso muy fuerte de su parte a su hermano Josu».

Al releer la carta, pensó en todas las manos que la abrirían, en todos los ojos que la iban a leer, en todos los detalles que daba de su hermano y que utilizarían en su contra. Y también en los sentimientos que ella exponía mejor que en una confesión.

Hizo trizas la carta, tratándose de *becil*. Una palabra que le gustaba mucho: *becil*... ¡Gran *becil*!, pero que nunca encontraba en el diccionario. El diccionario era otra cosa que también le gustaba a Rosa. Sumergirse en el diccionario y abrir hoja por hoja un horizonte nuevo. Incluso había ocasiones en que cerraba los ojos, abría el diccionario, y, siempre con los ojos cerrados, seleccionaba una palabra con el dedo índice. Como ahora, por ejemplo: *imprevisible*.

Imprevisible: adj. Que no se puede prever.

Siendo pequeña, se encerraba en el retrete con el diccionario, que era un amante imprevisible, propietario de todo un saber inmenso, y que hacía soñar más allá de toda esperanza.

Luis tenía razón. Uno tiene que escoger su vida. No padecerla. Sería librera. Se veía en la cima de una montaña de libros, atravesada por puertos abiertos a la exploración de los demás.

No quería seguir siendo la españolita de nadie, ni peor aún, la sucia española, cuando se llevaba todos los premios de excelencia⁸ en francés. Sucia española, vuelve a tu país, decían las pequeñas víboras biliosas, envidiosas de sus notas, o también «¡Mira ahí a los espagouins!».

Hasta el punto de que un día no pudo evitar que Buenaventura y Luis tuvieran un combate épico, en plena calle, a diez pasos de la entrada principal del colegio. Rodó la sangre, y los pescosones del principio se hicieron agradables en comparación a la mano de Antonio cuando regresaron a casa. Las trenzas deshechas de Rosa escondían los arañazos de su mejilla.

—¿Tú también te has peleado? —le preguntó Marisol, que curaba las heridas con una delicadeza extrema.

Al caer la noche, escuchó las risas ahogadas de sus padres detrás del tabique.

Luis decidió abrir el café-librería a finales del mes de marzo. Tenía razón. Se necesitó mucho amor, y clavar los codos, para hacer de ese local repugnante a primera vista, en el que detrás de los casilleros algunas ratas momificadas hacían gritar de miedo a Marisol y morirse de risa a Antonio, una carcasa vacía.

Se necesitó la ayuda de Toribio, de Abel, de Ángel, de Dolores, de François, de los primos Oskar y Octavio, ambos colocados de oficio detrás del mostrador de *Frutas y Legumbres Serrano*, sin que a su padre se le hubiera ocurrido por un solo instante preguntarles su opinión.

8.- Premio que hasta no hace mucho se otorgaba al mejor alumno de una clase en Francia (N.T.).

Hubo muchas risas y mucho ruido.

Los santos, los jesuses de cera, los ángeles, las estatuillas de yeso y las vírgenes de porcelana de otros siglos encontraron compradores entre los chamarileros, que se desplazaban ellos mismos y compraban al kilo. Los devocionarios, las biblias, las imágenes piadosas, pequeñas y grandes, Ángel se encargó de llevar todo al obispado.

«Los o-bis-pos están callados», se divertía pronunciando en malísimo francés Luis, cuando Ángel repetía por tercera ocasión: «Voy al obispado».

Y en cada ocasión, todos reían hasta saltárseles las lágrimas.

Adrián pasaba por allí, daba su ilustrada opinión, y en algunas raras, muy raras ocasiones, sacaba dos o tres viejos tablones hasta la acera. Invitaba a Rosa a cenar, pero ella nunca tenía tiempo ni ganas.

Rosa no tenía un minuto para frivolidades. Su cerebro era un hervidero por el que pululaban todos los libros que un día próximo colocaría en las estanterías. Un día próximo, relativamente, ya que al desplazar el voluminoso mostrador, descubrieron, boquia-biertos, una trampilla y una escalera de mano.

Debajo del polvo dormía la riqueza. Dormía una riqueza insospechada detrás de inmensas telas de araña, largas y anchas como baberos de niños, suspendidas de las bóvedas del sótano, y también una multitud de murciélagos, que perturbados en su sueño invernal, levantaron vuelo y desaparecieron por lo que parecía ser el antiguo conducto de una chimenea sin dintel. Una chimenea que también voló. Un ejército de ratones y ratas poblaba esas cuatro magníficas estancias, en medio de una indescriptible confusión maloliente; no era grato avanzar en ese caos. Marisol ni siquiera bajó el primer peldaño de la escalera, y Rosa volvió a subir a toda prisa los escalones en cuanto despegó el primer murciélago.

El antiguo librero, llamado al instante por Luis, vivía al otro lado de la calle; no se alteró en absoluto al enterarse del descubrimiento del sótano. Durante sesenta años le había servido de almacén. Cuando se vio demasiado viejo para desplazar el pesado mostrador, lo dejó todo tal y como estaba. Afirmó que los vie-

jos cimientos eran los vestigios de un antiguo convento de antes de la Revolución. Sin mayor asombro, se fue como había venido: en pantuflas. Un olor agrio precedía o seguía a su gran cuerpo encorvado, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y su alargado rostro céreo rodeado de unas patillas que en algún tiempo debieron ser blancas.

Rosa no puso los pies en el vasto subsuelo durante todo el tiempo que Luis, Toribio, Antonio, Ángel, los primos y todos los demás necesitaron para vaciar valientemente el lugar de sus terribles y repugnantes ocupantes. Luis apeló a sus amigos fontaneros, enlosadores, electricistas y albañiles españoles, que como todo el mundo sabe, sobresalen a las mil maravillas en esas ramas de la construcción. La obra era vasta, y la fatiga surcaba los rostros. Unas claraboyas en semicírculo iluminaban el inmenso subsuelo, y Luis, enflaquecido, decidió para sus adentros acondicionar allí su vivienda, con una cocina que cautivara a Marisol; decidió instalar asimismo allí un salón para su café. Todo lo conjugaba con los *yo*, los *mí* o los *míos*. Rosa lo dejaba hacer. El mono de trabajo que llevaba, gris del polvo, se desgastaba por las rodillas, pero en su cabeza los colores y los títulos de los libros llenaban sus noches.

En el bolsillo delantero de su mono de trabajo, llevaba doblada en cuatro una carta de Buenaventura.

CARABANCHEL

30 de enero de 1969

Adorada hermanita Rosa:

Te imagino perfectamente entre las estatuas de vírgenes y ángeles, bailando sobre el polvo de un mundo que fue, y que tu valentía y tu fuerza de voluntad van a transformar en un mañana en el que sabrás encender la chispa de la inteligencia y de la renovación con tu bella sonrisa. Luis tiene razón, estás hecha para hacer cambiar las ideas y abrir los ojos cerrados. Dile a ese venático que piense en construir un tramo de escalera macizo para bajar a su nueva vivienda (soberbia y muy moderna, me escribes), en vista de la infinidad de chicas hermosas que lo subirán y bajarán (el tramo de escalera). Siempre nos ha ganado en ese depor-

te, si se puede llamar así a la pesca milagrosa a las primeras de cambio. Así que dile que preste mucha atención a la solidez de su edificio. ¡Nunca se sabe!

Me gustaría estar a menudo a tu lado para defender tus ideas, tu elección de colores y los retratos que tú quieres colgar. Te prohíbo que pongas el mío. No estoy muerto. En lugar del mío, me parece adecuado Lluís Companys. La idea de una pizarra enorme entre los dos enormes y bellísimos espejos es muy buena. Si piensas escribir en ella un poema o una máxima diariamente, no tengas miedo en invertir en cajas de tiza, borradores, y en una escobilla roja y una paleta adecuada.

Ya te veo en medio del cenáculo, que se rendirá a tus pies. Te imagino muy bien. En el fondo de tus ojos brillará esa llama que tanto me gusta y sabrás encontrar las palabras adecuadas para hablar sobre nosotros.

Aquí, en mi palacio, no me he podido poner el juego de ropa invernal que mamá me ha hecho llegar gracias a tu admirables desvelos. Al ser el gris oscuro un color que está prohibido (había olvidado decírtelo), me han confiscado la bufanda, los guantes, la boina y el espléndido jersey con capucha. Como nieva desde hace tres días, cada vez que termino de pasear vuelvo con las orejas violáceas, pues me niego a ponerme la boina roja (un regalo de Dolores) con la cazadora amarilla de esquí. El frío en las orejas nunca podrá con tu hermano.

Vivo reconfortado por vuestro amor. Nunca tengo el corazón frío. Amo. Soy amado. Aunque nieve o haga viento en las tierras áridas de la Meseta, os siento a mi lado, mucho más que el mejor radiador.

Besos para todos de mi parte, Rosa.

Y especialmente besos para mamá y papá.

Y un abrazo para ti.

Buenaventura

Según las últimas noticias, Francisco Franco se porta de maravilla, lo mismo que el papa. Nos espera un hermoso año nuevo.

Un año hermoso y una voluntad a toda prueba.

Rosa decidió que debajo de la escalera hacían falta unos baños de estilo mudéjar.

Los tuvo. Quiso unas paredes violetas para su librería, con estanterías rojas para los libros. Las tuvo. Unas escaleras amarillas con barrotes de cobre. Las tuvo. Decidió colocar unos divanes bajos delante de las dos vitrinas que estaban una frente a otra. Unos divanes rojos con mullidos cojines amarillos y violetas. Tuvo todo lo que quiso. Gastó sus últimos ahorros en enmarcar unos retratos de Federico García Lorca, Manuel Casanova, Antonio Machado, Luis Buñuel, Ernest Hemingway, Pablo Picasso, Rafael Alberti, Lluís Companys.

Discutió a menudo con Luis por la arbitrariedad con la que escogía los colores, los retratos y los títulos de los libros. Ella le respondía, con el mentón erguido:

—Ocúpate del café, que yo me ocupo de la librería.

Ya había recibido las cajas de libros de las ediciones Ruedo Ibérico, así como unos libros editados en la propia Toulouse, que trajo una mujer morena. Era su autora. Tenía un nombre muy bonito, y entre sus cabellos morenos sobresalía una bella mecha blanca. Era discreta, y animaba a que los trabajos avanzaran con un caluroso:

—Está todo muy bien.

Para el exterior del café-librería, fue Luis el que decidió un color gris muy tenue y *«para que todo estuviese en sintonía»*, decía, fue una alumna de Bellas Artes, su amiga en esos momentos, la que pintó encima de las dos puertas del café el rótulo «La Cita» en un color violeta oscuro; y aprovechó la mirada entusiasta de Luis para pintar, encima de los vidrios de la librería, un paisaje en el que despuntaba un olivo plantado en una tierra ocre sobre cuyo horizonte volaba un libro abierto, deshojando sus páginas en el cielo. Era espléndido, y los ojos de Rosa se inundaron de lágrimas al verlo.

No pudo reprimir sus deseos de abrazar a Pascale y deseó que Luis no la hiciese sufrir, como a todas las demás que habían pasado por su vida.